

No eran otros tiempos, eran nuestros tiempos.

Ultimo Lunes

No eran otros tiempos, eran nuestros tiempos. Tiempos de los que fuimos responsables.

Fernando Aramburu.

La aventura comenzaba cruzando las vías. Algunos días un tren, parado o en muy lento movimiento, con vagones vacíos o cargados, Dios sabría de que, ocupaba unas vías que desde la estación hasta Puerto Chico que recorrían el Paseo de Pereda pegadas al mar. Surgían las primeras órdenes tajantes de los padres. De cualquier adulto. Se obedecía sin cuestionar nada. Todos como robots, tensos, pendientes de una orden seria y tranquila, “ahora se puede, está parado”. Superado el obstáculo se hacía la cola, momento en el que los amigos de la familia sopesaban y valoraban tu aspecto como si fueses una res. Todo eran elogios, te veían sano y bien alimentado. Y enseguida, a subir a bordo.

Nada más embarcar los dedos del niño se iban derechos a la cadena que, posada sobre el carel de la lancha de Tricio, se movía unos centímetros hacia adelante, atrás un poco, otra vez hacia adelante... como un ser vivo, un bicho repulsivo por la grasa y el óxido. El ruido al arrastrarse se unía a otros sonidos más extraños que surgían de las tripas de la barca y que añadían inquietud a la aventura.

La lancha se iba llenando de familias con bolsas y niños de todas las edades. Los adultos se saludaban, todos parecían conocerse, los niños se miraban recelosos compitiendo por el mejor sitio para inventarse y vivir su propia aventura. La voz tajante de cualquier padre alejaba los dedos de la cadena y la mirada se iba al muro que tampoco se podía tocar.

Manadas de mulatas salían y entraban de los huecos entre las piedras, las manos se acercaban a la pared de piedra, de verdín sucio mojado, mirando de reojo a los mayores. Las mulatas iniciaban movimientos de despiste, otras manos volvían a intentar agarrar la cadena, las mulatas se reían de los niños cambiando de agujero. El verdín del muro, las manchas de gasoil que flotaban alrededor de la barca ofrecían colores cambiantes... imperceptibles pero constantes, todo olía a mar, musgo, gasoil, un poco a alcantarilla de la Grúa de Piedra, y también olía a sol. El sol y el calor también tiene su aroma.

Acostada contra el muro, la lancha se acercaba y se alejaba de las piedras, ruedas de coche colgando de las bordas chirriaban amenazadoras al rozar el incómodo hogar de los cangrejos negros de aspecto nada atractivo, cucarachas de roca, de hueco en hueco... pero seguían, seguíamos sin poder tocar el muro.

Aquellos primeros años las lanchas eran abiertas, sin “casa”. Pocos años después llegarían lanchas más grandes, de dos pisos, con la cubierta con techo y un acceso a un piso bajo, donde, en un gran cajón como un catafalco estaba el motor sufriendo. Un ruido atronador. Si nos dejaban bajar se entendía a la primera mirada la lógica de cómo era el barco, las formas de la proa, las maderas que lo mantenían entero perfectamente colocadas; una

arquitectura que viniendo de siglos atrás empezaba a descubrirse... pero en los primeros viajes todas eran abiertas, como barcos vikingos, como inmensas canoas de indios o galeras de romanos o cualquier otro ejemplo de una imaginación que entonces empezaba a tomar forma.

Cualquier adulto a bordo, advertía, amonestaba o actuaba para que las manos permanecieran lejos del peligro. Las madres eran igual de tajantes, aunque vigilaban a la prole con mejores modales... a veces con una mirada bastaba. Si se descuidaban un solo segundo, intervenían los comandos *paramaternales*, como diría Mafalda. Tíos, tías, amigos y amigas del clan familiar formaban un compacto escuadrón que asumía un papel represivo desde una segunda línea. No quedaba espacio para la iniciativa y aun así, el viaje era un sueño si lograbas abstraerte, pendiente del horizonte, ajeno a tanto vigilante, a tanta mirada.

La vigilancia dejaba de tener sentido cuando soltaban amarras y la lancha salía hacia el Puntal. La cadena se había convertido en una amenaza real, una serpiente tensa, ruidosa y sucia y ya sobraban las advertencias. Se movía, hacía su trabajo y de ella dependía el rumbo. Lo mejor era mantenerse alejado. Ya las voces de los padres sobraban, la cosa grasienta era duro hierro tenso, resuelto y amenazador.

A partir de ese momento todo quedaba bajo el control, férreo, silencioso y poco amable de dos hombres, a veces un hombre y un muchacho que parecía un adulto, que a los niños nos parecían de otro mundo. Hombres en los que no te fijabas hasta que empezaba el movimiento y descubrías su rostro pétreo, tostado y de ojos muy pequeños que parecían ver todo y controlarlo todo con la mirada, ya solo mandaban ellos, ya no había padres. Caras que parecían caretas de cuadros de Solana, de cartón tostado, arrugas bien marcadas, como surcos, como cicatrices. Expresiones que en muy pocas ocasiones parecían amables, solo cuando mantenían una breve conversación con algún pasajero de confianza. Mi madre y mis tías pertenecían a esa supuesta aristocracia que conocía al patrón por su nombre de pila.

Seguía luego el viaje hasta la playa, mirando todo el paisaje sin retener nada, bastaba el movimiento, el consabido, manido y bien valorado ritmo de las olas.

Pronto la agitación del pasaje sabiendo que llegábamos, la autoridad volvía a ser de las madres, los padres estaban ya a otras cosas, el golpe suave de la proa pegando en la arena, y el desembarco a lo largo del tablón... los más valientes saltaban sin respetar la cola y aquellos dos hombres juraban en voz baja, fueron los primeros juramentos que escuchamos, y como los olores, se quedaron anclados para siempre en la memoria. Algún atolondrado se caía al agua ya casi al final del tablón, las risas de todos en la orilla...

De todo, como de tantas cosas, el recuerdo que primero asoma y más persiste es el olor. El mar ya no olía igual en el muelle que en la playa. Allí ya solo olía a mar y a sol. Sin añadidos que confundiesen.

El regreso aquellos años era bien distinto aunque era la segunda parte de la ceremonia. Niños y adultos bien alimentados, amodorrados, aturdidos de tanta luz cruel, de tanto sol, los mayores pendientes de cosas muy ajenas al día de playa, los niños muy cansados y muchas veces enfurruñados por alguna amonestación inmerecida. Más quietos, o menos

inquietos que a la ida, más torpes al bajar. Los padres pensando en cómo resolver el resto de la jornada.

A lo largo de aquellos primeros años se fue forjando y todavía persiste el recuerdo del naufragio. El único que al parecer tuvo esa empresa, con víctimas locales, ni un solo turista ya que cuando sucedió, a los escasos visitantes no se les llamaba así si no eran extranjeros. Del cuento hubo muchas pero muy parecidas versiones. Eran los años mozos de mi madre, mis tías y la alegre muchachada pionera de El Puntal. Una draga embistió a la lancha y la partió en dos, o se acercó demasiado y la hizo volcar, al ir o en el regreso, la mayoría de versiones confirman que al volver y que iba cargada de arena, algo que estaba muy prohibido. Un cuento que con los años parecía irreal y que dejaba un poso de confusión sobre cuantos iban, quienes, si hubo o no la desgracia de un o de una ahogada, como fue el salvamento, la conducta de los náufragos... mi madre y mis tías pisándose la palabra para ampliar detalles, para corregirse, todo el grupo de amigas braceando en el agua en medio del caos... el único verdadero drama en casi un siglo y que hoy, si hago memoria podría contar como si yo mismo aquel día aciago, llevase el timón.

Durante unos años dejamos de ir. El Puntal permanecía inmóvil ahí enfrente. Nadie iba a tocarlo y en la distancia se hacía más hermoso. Pura poesía que había perdido interés ante descubrimientos más alejados, más accesibles y que ofrecían expectativas más esperanzadoras. En otras palabras, salir a pueblos, gastar gasolina, comer cosas ricas. Liencres, Comillas, Suances y cualquier otra playa que la sofisticada élite local hubiese puesto de moda. Y casi sin querer iba pasando, había pasado el tiempo. Habíamos crecido, ya no éramos niños, éramos muchachos.

Pero por uno u otro motivo acabamos volviendo. Muchos años después ya íbamos solos. Olvidados los tiempos en los que hubo padres. Se podía ir fumando y con los pies colgando por la borda, en proa. La flota había mejorado, más amplias las lanchas, con más capacidad, a veces excesiva. Entonces éramos nosotros los que vigilábamos. Repasando el perfil de la ciudad, cada año más compacto, edificios nuevos o en construcción quebrando la línea del horizonte urbano.

Haciendo planes para la noche que nos esperaba pensando en realidad que la playa era un trámite, un tiempo muerto ante lo verdaderamente importante, la noche. Mirábamos sin querer mirar a las desconocidas que compartían lancha y que acababan perdiéndose en el inmenso arenal que todavía seguía pareciendo nuestro desierto doméstico. Buscábamos al llegar un espacio en el que la distancia la marcaba el no poder escuchar a tus vecinos.

Cada vez más lejos del segundo embarcadero. En la tierra de nadie entre las Quebrantas y la lámina de agua que nos separaba de Pedreña. Veranos en los que encontramos nuestro rincón entre dos dunas, un área de la que abusamos verano tras verano, lugar que cambiaba en función del nordeste, preferiblemente mirando a Mouro hasta que el viento nos empujaba a buscar el socaire de las dunas y mirar a Pedreña, un desplazamiento que era casi una claudicación.

De aquellos veranos, de tantos recuerdos, queda uno muy especial, llovió poco o mucho, pero llovió durante veintiséis días de agosto. La pobre chica canaria no entendía nada. Lo

que menos, nuestra indiferencia, seguir en una playa en la que no había nadie, las toallas acababan mojándose y, al menos para ella, bañarse era un suplicio.

Volver era otra vez parte del rito. Aturdidos también, aunque de otra forma, más por las demasiadas horas al sol, el exceso de actividad, el humo unido a la falta de sombra, coincidiendo a veces con las desconocidas que siguieron siéndolo hasta el fin de los tiempos... también quemadas por el sol, marañas de pelo al viento, sin hablar, ocultas tras sus gafas negras.

Y años después, imposible ponerle una fecha precisa empezaron los veranos de los años horteras, las motos de agua y con ellas el ruido. Un verano, al principio, fueron dos o tres motos, vistas como capricho de turistas, juguetes que no tendrían éxito, profetizamos, al siguiente ya eran una pequeña jauría de turistas y aventureros locales, empezaban a incordiar más los dueños que las propias motos, en muy pocos veranos ya eran una manada de jinetes tostados con las gafas de sol cubriéndoles la frente. Esa turba imponía un modo de usar la playa distinto al conocido. Traían con ellos el olor a gasolina y el ruido hasta la misma orilla. El Puntal perdía la magia poco a poco. El mejor chiringuito, el de hormigón, y el segundo embarcadero, desaparecieron. Cada vez más botes y más artilugios de disfrute playero; los precios subían, la masa de gente crecía y el ruido de los motores nos obligaba a ir cada vez más lejos, como si en vez de huir del tumulto fuésemos, sin quererlo o sin saberlo, la avanzadilla del turismo.

Y llegaron al fin, tampoco tienen lugar en el calendario de cada uno, el año, o los años, de la gran confusión. Todos, empresarios hosteleros y su público fiel, creyeron ser o se vieron a sí mismos como teletransportados a Saint Tropez, a Niza, a Biarritz, a Miami... circulaban desde que llegaban y se apeaban del barco que habían incrustado en la orilla apartando a los niños, gintonic en mano, saludándose con aspavientos como si no se hubiesen visto el día anterior, hablaban de los exquisitos pescados que se habían comido el día anterior y de los que ese día pensaba zamparse. Estaban en el Puntal creyéndose en Ibiza.

Entonces lo más razonable era volver en la lancha pero era muy fácil caer en la tentación de regresar en el bote de algún amigo, lo que obligaba a depender de su horario disolviéndose tu intención de acabar con aquello. El afortunado propietario de un polcar o de algo más grande decidía el momento, tú te plegabas. La sensación seguía siendo la misma; demasiado sol, demasiada sal, cansancio en nada comparable al de los treinta años, deseo no confesado de pisar asfalto, el descubrimiento humillante de que El Puntal fatigaba. Que el balance final ofrecía menos satisfacción que la energía invertida para lograrla.

Todo se ha degradado, empezando por uno mismo y acabando por el paisaje, el humano y el otro. Ha pasado mucho más de medio siglo desde aquella voz entre imperiosa y alegre de mi padre: “*adelante chaval, el puntal es tuyo*” y las visitas de ahora, cada vez

más ocasionales y más breves al arenal. Se elije el día nublado pensando que el lugar estará menos frecuentado y no habrá turistas que parecen narcos de teleserie imponiendo su ruidosa diversión a tus deseos de quietud, de silencio y paisaje.

Descubres que más de cincuenta años después todavía quedan puntos en el Puntal donde nunca has estado. En todos estos años solo llegué andando hasta Los Tranquilos un solo día. Muy pocas veces, poquísimas, y no se la razón, estuve en la misma punta mirando a la ciudad y dejando a la espalda todo el arenal hasta Loredó o Somo. Nunca caminé hasta Somo por dentro y lo había pensado cientos de veces, pero no sucedió.

Con tanto miedo que nos metieron de niños sobre los peligros de estas playas recuerdo mas tragedias de ahogados y medusas en las playas del Sardinero que allí. Me he movido por las dunas en los primeros años eludiendo esa zona neutra que comienza en Somo y se acerca hasta el chiringuito de Fidel, ahora convertido en un ruidoso rincón latino. Un espacio que desde niño te desaconsejaron en tono levemente amenazante sin dejar clara la causa.

Hay planes para la conservación del arenal, para contener la degradación sin entender que la creciente presencia humana es en gran medida la culpable, se inventan nuevos artilugios para invadir la playa y la intimidad ajena, pronto ira la genta la playa con drones... sin ser conscientes de que como dijo Kavafis o alguno de esos, el viaje, el movimiento, es más interesante que el destino, que llegar y ver que lo que descubres ya lo conoces, y no sorprende.